

Toda una lección

Tal como lo cuento así lo ví: Un grupo de cuatro turistas alemanes se hallaban apostados ante la puerta de un establecimiento comercial al que yo me dirigía para realizar cierta gestión.

Dubitativos y parados hasta que uno se decidió a volver sobre sus pasos y plantarse de nuevo ante el mostrador indicando su deseo de repasar la suma del importe a que ascendían los artículos comprados.

Efectivamente. El comerciante había sufrido un error y perdía en el cálculo, redondas, cien pesetas, que el turista le devolvió religiosamente.

Cuento este hecho porque estimo que consagra una lección que es para pregonarla a los cuatro vientos, sobretodo cuando podemos suponer que, a la inversa, habrá habido por desgracia algún comerciante desaprensivo que con los turistas no se habrá portado como, en todo y por encima de colores, lenguas y nacionalidades, la justicia y la conciencia nos demandan.

POL

SAN FELIU
DE GUIXOLS
16 SETBRE. 1954

Año VII

N.º 350

Ómnibus

El Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional en nuestra ciudad, en visita de cortesía

Cuando el Excmo. Sr. Ministro llegó a nuestra ciudad, a las 4'30 de la tarde, bajo un aguacero imponente, dirigióse al Palacio Municipal. Le acompañaban su distinguida esposa y el Ilmo. Sr. Director General de Cultura Hispánica Sr. Sánchez Bello y señora. Fueron recibidos por el Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia D. Luis Mazo Mendo, por el Mgco. Sr. Alcalde y demás Autoridades y Jerarquías locales.

Después de las presentaciones de rigor, dirigiéronse al Liceo Abad Sunyer, donde la junta de profesores celebró Sesión Extraordinaria bajo la presidencia del Sr. Ministro, que atendió cumplidamente todos los ruegos y consultas que se le hicieron.

Visitó después las Escuelas Nacionales donde con su proverbial amabilidad, supo escuchar S. E. las peticiones y sugerencias de los Sres. Maestros. Seguidamente y acompañado por el Rdo. Dr. Lamberto Font, realizó una detenida visita al Museo de la Ciudad, en vía de próxima apertura oficial. No quedó en olvi-

do el rendir pleitesía al Señor, y pasó la comitiva al interior del Templo Parroquial, para luego dirigirse de nuevo a las Casas Consistoriales, visitando todas sus dependencias, incluyendo el Archivo, del cual quedó el Sr. Ministro encantadísimo; y pudo apreciar el incalculable valor de algunos documentos que en él se guardan y del célebre libro «Verbell». Acto seguido, el Sr. Alcalde en nombre de la Ciudad, ofreció al Sr. Ruíz Giménez un ejemplar del «Cantar de los Cantares», editado por nuestro buen amigo José M.ª Viader, y finalmente fueron obsequiados Autoridades y acompañantes con un vino de honor en la terraza de las Casas Consistoriales.

Antes de abandonar nuestra Ciudad, quiso aún el Sr. Ministro, subir hasta la ermita de San Elmo, para gozar del soberbio espectáculo que ofrece su situación privilegiada, de vigia del mar y de los riscales. Fué su adiós a la ciudad, su silente y emocionado despedirse de ella. Una cosa más que este humilde cronista le agradece.—I. d'A.



Un encuentro en la carretera

por I. d'Andraitx

rón de cuero, pendía un cuchillo montañés.

—Gracias. También ha tenido Vd. que refugiarse aquí, a causa de la lluvia?

El chiquillo, perdón, el joven, no costestó; no pudo contestar, porque no entendía. Pero al fin pudimos entablar conversación con él, después de explicarnos, en mal español, que era alemán.

Llevaba cuatro semanas en España; había entrado por la ruta N. de los Pirineos, visitando San Sebastián, Burgos, Madrid, Granada, Málaga, Barcelona. Y todo este recorrido lo había hecho utilizando sus buenas piernas y el socorrido y económico procedimiento del auto-stop. Con el mismo medio de locomoción se dirigía a la frontera, pero la lluvia obligóle a buscar cobijo en aquel Parador. Expuso a la dueña su absoluta carencia de dinero y su solo anhelo de guarecerse. Pero la dueña de corazón de oro ofreció cena a su hambre, y un lecho a su fatiga.

El jovencito, —17 años,— aspiraba en su patria a ser jefe de patrulla de Boy-Scouts, pero para ello era preciso haber rendido antes la prueba de una excursión por un país extranjero. Eligió a España. Lamentábase de los escasos albergues que había encontrado por nuestras rutas. Albergues exprofeso para chicos excursionistas. Nos contó que en la Alemania Occidental existen hoy unos 2000 albergues, repartidos a lo largo de las carre-

(Continúa en la página siguiente)

Llovía a cántaros. La tormenta oscurecía más el ya opaco atardecer. Parecía de noche. Sobre el cielo turbio y lleno de iras, el dibujo fugaz de unos árboles de fuego. La carretera, río de poco fondo, se engrosaba con el agua que descendía de los caminos vecinales, y que saltaba loca como en un torrente bravo.

Los coches avanzaban despacio, en precavida y prieta procesión. Singular cortejo de despedida a un día. La lluvia arreciaba al exagerado concierto de los truenos.

Una tormenta es siempre soberbia, vista a través del cristal de una ventana del propio feudo; pero el viaje, cruzando aquel diluvio, no resultaba grato ni divertido. Un Parador, a mitad del camino, nos tentó con su cobijo. Sin urgencias ni tan siquiera prisa, quisimos esperar que el cielo aplacase sus iras. En el amplio comedor, las mesas vacías. En honor a la verdad, una la ocupaba un chiquillo. Camisa gris, pañuelo-corbata azul anudado al cuello, era el atavío que vimos del muchacho rubio, solitario huésped del comedor. Dimos las buenas noches, y elegimos sitio. Acudió la dueña, solícita, e inquirió qué platos queríamos para la cena, mientras nos afecía la cartulina con el menú. A un descuido, se nos cayó el papel de las manos. Rápidamente, el muchacho se levantó y se agachó para recogerlo. Medía por lo menos 1,70 m. Iba de pantalón corto, color tierra, y de su amplio cintu-